

# Hacia una lectura espacial de *La razón populista*. Espacio, pueblo y hegemonía en la teoría populista de Ernesto Laclau

**Leonardo Frieiro**

Instituto de Investigaciones Gino Germani (IIGG) y Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)  
e-mail: lfrieiro@sociales.uba.ar  
ORCID: <https://orcid.org/0009-0005-5180-920X>

<https://doi.org/10.5209/geop.100667>

Recibido: 31/01/2025 • Aceptado: 04/06/2025

**Resumen.** Si bien la relación entre espacio y política se ha vuelto una parada obligada para el pensamiento crítico desde la década de los sesenta del siglo pasado, existe un hiato en la reflexión teórica sobre el espacio en las teorías posfundacionales. El presente artículo busca suturar esa grieta, examinando el lugar que el espacio ocupa en la obra de Ernesto Laclau y especialmente en *La razón populista* (2005). Con certeza, Laclau no lo teoriza de forma directa o sistemática, pero nuestro recorrido por su obra muestra que el espacio tiene una presencia ubicua. Laclau se sirve de conceptos, imágenes y premisas que se fundan en una reflexión espacial, de un modo tal que nos permite insertar la pregunta por el espacio en el pensamiento posmarxista. Aún más, a través de una lectura de *La razón populista* en clave espacial, argumentamos que esta obra contiene los insumos teóricos básicos para el desarrollo de una teoría discursiva del espacio. De este modo, ensayamos una articulación entre la teoría del populismo y las maneras en que la geografía crítica ha reflexionado sobre el espacio. Este artículo es, entonces, una contribución al diálogo entre la geografía y una de las corrientes más actuales de la teoría política contemporánea.

**Palabras clave.** Ernesto Laclau; populismo; espacio; geografía crítica.

## EN Towards a Spatial Reading of On Populist Reason. Space, People, and Hegemony in Ernesto Laclau's Populist Theory

**Abstract.** While the relationship between space and politics has become a key concern for critical thought since the 1960s, there is a noticeable gap in the theoretical reflection on space within post-foundational theories. This article seeks to address that gap by examining the role that space plays in the work of Ernesto Laclau, particularly in *On Populist Reason* (2005). Although Laclau does not theorize space in a direct or systematic manner, our reading of his work reveals that space has a ubiquitous presence. Laclau employs concepts, images, and assumptions that are grounded in spatial reflection, in such a way that allows us to insert the question of space into post-Marxist thought. Moreover, through a spatial reading of *On Populist Reason*, we argue that the book contains the basic theoretical elements for the development of a discursive theory of space. In this way, we attempt to articulate a connection between the theory of populism and the various approaches critical geography has taken toward the concept of space. This article is, therefore, a contribution to the dialogue between geography and one of the most current strands of contemporary political theory.

**Key words.** Ernesto Laclau; populism; space; critical geography.

## PT Para uma leitura espacial de A Razão Populista. Espaço, povo e hegemonia na teoria populista de Ernesto Laclau

**Resumo.** Embora a relação entre espaço e política tenha se tornado uma parada obrigatória para o pensamento crítico desde a década de 1960, existe uma lacuna na reflexão teórica sobre o espaço nas teorias pós-fundacionais. Este artigo busca suturar essa fissura, examinando o lugar que o espaço ocupa na obra de Ernesto Laclau, especialmente em *A razão populista* (publicada originalmente em 2005). Ainda que Laclau não teorize o espaço de forma direta ou sistemática, nosso percurso por sua obra mostra que o espaço tem uma presença ubíqua. Laclau recorre a conceitos, imagens e premissas fundamentadas em uma reflexão espacial, de modo a permitir que a questão do espaço seja inserida no pensamento pós-marxista. Mais ainda, por meio de uma leitura espacial de *A razão populista*, argumentamos que essa obra contém os elementos teóricos básicos para o desenvolvimento de uma teoria discursiva do espaço. Dessa forma, ensaiamos uma articulação entre a teoria do populismo e as diversas maneiras pelas quais a geografia crítica tem refletido sobre o espaço. Este artigo é, portanto, uma contribuição ao diálogo entre a geografia e uma das correntes mais atuais da teoria política contemporânea.

**Palavras-chave.** Ernesto Laclau; populismo; espaço; geografia crítica.

**Sumario.** Introducción. 1. Ernesto Laclau y la cuestión del espacio como concepto político. 2. *La razón populista* desde una mirada espacial. Conclusiones. Referencias bibliográficas.

**Cómo citar.** Frieiro, L. (2025). Hacia una lectura espacial de *La razón populista*. Espacio, pueblo y hegemonía en la teoría populista de Ernesto Laclau. *Geopolítica(s). Revista de Estudios sobre Espacio y Poder*, 16(1), 137-154

### Introducción

No nos confundimos si afirmamos que, al menos desde la década de los sesenta del siglo pasado, explorar las formas de articulación entre el espacio y la política se ha vuelto una parada obli-gada para la reflexión de las distintas corrientes del pensamiento crítico. Desde la ruptura teórica generada por la obra del geógrafo francés Henri Lefebvre, política y espacio han entrado no sólo en una relación inseparable, sino en una especie de sinonimia por la que ya no es posible pensar las formas de dominación política sin incorporar las configuraciones espaciales que estas gene-ran y en las que se sientan. Al mismo tiempo, entendemos que ya tampoco es posible reflexionar sobre la producción, los usos y las transformaciones del espacio sin apelar a las lógicas políticas de la articulación, el antagonismo y la hegemonía. También cabe señalar que la pregunta por el espacio, usualmente codificada dentro de la disciplina de la geografía política, es por supuesto anterior a las intervenciones de Lefebvre que sí reformuló las perspectivas epistemológicas de la reflexión teórica sobre el espacio. Como señala Agnew (1997), ya en la obra de Friedrich Ratzel podemos ver que la pregunta por el espacio y la política se encuentran cabalmente anudadas, de un modo tal que se abre un diálogo continuo entre las distintas corrientes de la geografía con el pensamiento político. Así, quedaría demostrado que «no hay forma de conocimiento geográfico (como en nuestro caso, la reflexión sobre el espacio) que pueda existir si carece de una función política»<sup>1</sup>, como señaló Farinelli (2000, p. 951).

La necesidad de pensar la política en términos espaciales no sólo se debe a que no existe relación social sin «soporte» y «transporte» (Lefebvre, 1991 [1974], p. 431), sino a que el espacio «ordena, prescribe y proscribe» (Martínez Lorea, 2013) las relaciones políticas que se articulan tanto en el interior como en el exterior de un espacio, allí donde las comunidades políticas se consolidan y dialogan entre sí. Sin embargo, esta forma de abordar las dimensiones y las impli-

1. El texto entre paréntesis es propio.

cancias espaciales de la política no han sido siempre abordadas desde la teoría política, en particular desde la teoría política contemporánea. A pesar de que, como ha señalado Cairo (2013), la ubicación, el emplazamiento espacio-temporal, las redes espaciales y sus nodos han adquirido relevancia en las perspectivas posmodernas de la política, encontramos una suerte de hiato en la problematización teórica que vincula la reflexión política con la pregunta por el espacio en teorías sumamente refinadas, y hoy también extendidas en las ciencias sociales en general, como entendemos las teorías posfundacionales, y en particular la teoría del populismo desarrollada por Ernesto Laclau. Si bien las causas últimas de ese «desacople» entre teoría política y espacio en ciertos autores, como es el caso de Laclau, excede las ambiciones de este trabajo, sí es preciso responder el interrogante de por qué ensayar un ejercicio que vincule la reflexión acerca de la lógica populista con el espacio, construyéndolo como un problema teórico político.

En primer lugar, como señaló Castro (2021), la democracia y el populismo, tanto como posibilidad y límite para la democracia, son dos de los tópicos centrales en las reflexiones recientes de la geografía política, concebida esta última como la corriente de las ciencias sociales y humanas más consciente de la relevancia política del espacio como materialidad, idea y concepto. A su vez, pensar el espacio desde la democracia y el populismo nos introduce otra vía de análisis: cómo pensar y articular la reflexión del espacio con el pueblo, un concepto que en la teoría posfundacional no responde a la topografía social sino a su emergencia como sujeto de la política y fundamento de la democracia –incluso de su vertiente capitalista y liberal– en tanto articulación simbólica que, *a priori*, no respondería a otra clave de espacialidad por fuera de la emergencia de las demandas sociales no satisfechas por un régimen de poder establecido, cualquiera que este sea. Haciéndose eco de este argumento, autores como Agnew y Shin (2019) han problematizado la idea del populismo como vínculo político «no espacializado» que une demandas sociales sin la necesidad de un emplazamiento espacio-geográfico-temporal específico, situando al pueblo del populismo por fuera de la teoría espacial. Teniendo esas críticas en cuenta, el ejercicio intelectual que aquí proponemos no responde a un mero capricho teórico que se ensaña en buscar algo que no existe –como la reflexión por el espacio– en un autor como Ernesto Laclau, sino que nos proponemos rastrear las maneras en que la reflexión sobre el espacio se encuentra presente aun cuando ese no sea el tópico central o explícito de reflexión de ciertos complejos teóricos. Esto es así ya que toda teoría política arrastra inexorablemente consecuencias teóricas más allá de su propio campo de preocupaciones, o de las preguntas básicas que esta intenta responder en un primer momento.

En particular, este artículo explora el lugar del espacio en la teoría política desarrollada por Ernesto Laclau poniendo el foco en *La razón populista* (2005). Para tal fin, hacemos un recorrido por la obra laclauiana rastreando la presencia –o la ausencia– de la pregunta por la relación entre el espacio y la política. En base a esto, proponemos leer *La razón populista*, como el punto de inflexión en el que la obra de Laclau nos invita a pensar el espacio en los términos del posfundamentalismo y el posmarxismo. A lo largo de este trabajo preguntamos, en primer lugar, qué puede informar la teoría política posmarxista a la geografía política y, segundo, qué puede aportar la reflexión sobre el espacio a la teoría laclauiana del populismo. Si bien a estas alturas ha sido harto señalado que la democracia política implica formas específicas de dominio sobre el espacio, como así también lógicas particulares para producirlo, habitarlo y destruirlo, hasta ahora no ha ocurrido lo mismo con la teoría populista, cuyo diagnóstico con relación a la geografía política suele ser una suerte de «olvido» de lo material, incluido el «soporte espacial» de toda relación social que ha quedado relegado por la primacía de las relaciones simbólico-discursivas para el análisis de lo social. Aun así, aquí creemos que, si la función crítica de reflexionar acerca del espacio radica en analizar las maneras específicas en las que la política se asienta espacialmente, debemos hacer lo mismo con el populismo, en tanto lógica central y expresión de la política contemporánea.

Tenemos como hipótesis de trabajo, en primer lugar, que el espacio no está ausente en la obra de Laclau, sino que, al contrario, tiene una presencia constante, si bien no teorizada de forma directa o sistemática. Ahora bien, queremos completar este escenario general con una hipótesis más específica. En este sentido, sostendemos que *La razón populista* contiene los insumos teóricos básicos para el desarrollo de una teoría discursiva del espacio que inserte la pregunta por el espacio de forma directa en el campo de la teoría política posfundacional y posmarxista

—algo que aún no ha sucedido, al menos de forma integral. Cabe aclarar que aquí entendemos el espacio como concepto teórico-político y, a la vez, como práctica política. En tanto concepto teórico-político, se refiere a la relación espacial inmersa en toda relación social que refleja un orden político mediado por relaciones de poder. Por su parte, el espacio concebido como práctica política captura las diversas formas de manifestación de la espacialidad en un momento dado y los procesos de generación y alteración de un régimen espacial. Esta concepción doble nos permite abordar, como ha señalado Nievas (2021), la cuestión del espacio simultáneamente como problema teórico-político y como objetivo mismo y dimensión indisociable de la política.

## 1. Ernesto Laclau y la cuestión del espacio como concepto político

La producción teórica de Ernesto Laclau sólo ha crecido en su capacidad de influencia desde la publicación de *La razón populista* (2005), en buena medida gracias a la adopción de su empresa teórica a buena parte de los campos del conocimiento y en particular dentro de las ciencias humanas y sociales. No decimos nada novedoso al afirmar que la teoría laclausiana de la hegemonía y del populismo han logrado navegar con éxito las pruebas de la elasticidad temática y disciplinar, habiendo funcionado como paradigma teórico a la hora de explicar fenómenos políticos, sociales y culturales sumamente amplios y diversos, desde la ciencia política hasta los estudios culturales y literarios. Pero, a pesar de lo anterior, este no ha sido el caso para los estudios geográficos en general y la geografía política en particular. Disciplinas y corrientes de estudios que se han mostrado en buena medida reacias a la perspectiva teórica de Laclau, con quien incluso varias teóricas y teóricos preocupados por la cuestión del espacio no han ahorrado críticas, como veremos a lo largo de este texto. Si bien, como han señalado Albert y Benach (2012), el trabajo de Laclau ha sido útil como referencia para algunos de los trabajos centrales en el desarrollo de la perspectiva relacional del espacio —de forma central y más notoria en el desarrollo de la teoría espacial de Doreen Massey (1992, 1994, 2005)—, su influencia es tanto apreciada como también resistida y cuestionada. De forma general, la presencia del espacio en tanto concepto político en la teoría de Laclau suele ser entendida de la siguiente forma, como resume Margaret Kohn:

Para pensadores influenciados por el marxismo, como Ernesto Laclau, el espacio es estático, conservador y se opone al cambio. Laclau argumenta explícitamente que «la política y el espacio son términos antinómicos... La política solo existe en la medida en que lo espacial nos elude». Tal posición es coherente con la afirmación de Feuerbach de que «el tiempo es la categoría privilegiada del dialéctico, porque excluye y subordina donde el espacio tolera y coordina» (2003, p. 20).

Laclau se ocupó de ofrecer una definición conceptual del espacio —a la que responde la crítica de Kohn— dentro de uno de los ensayos que se encuentran compilados dentro del libro *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo* (1990). En ese ensayo, que además da el título a la compilación, Laclau se inscribe dentro de una corriente de pensamiento que frente a la dualidad relacional que constituyen el espacio y el tiempo, puntualizan a este último como el «lugar», paradójicamente, de la política. Al proponer esa conceptualización del espacio con relación al tiempo, Laclau sugiere una fórmula que podríamos entender como una *despolitización* del espacio y una *hiperpolitización* del tiempo. De esta manera, si retenemos la idea anterior, Laclau señala que «la temporalidad debe ser concebida como lo opuesto exacto al espacio (ya que) la 'espacialización' de un evento consiste en la eliminación de su temporalidad» (1990, p. 58). Por otra parte, Laclau también nos ofrece una definición mínima del espacio: «(...) adviértase que cuando hablamos de espacio no lo hacemos en sentido metafórico, por analogía, con el espacio físico. Aquí no hay ninguna metáfora. Toda repetición gobernada por una ley estructural de las sucesiones es espacio» (Laclau, 1990, p. 58). En ese texto, tiempo y espacio —o política y no-política— funcionan dentro de una lógica excluyente con un lugar preciso —es decir, el espacio entendido como práctica espacial— dentro de cualquier proceso de articulación hegemónica.

Según la propuesta de Laclau en *Nuevas reflexiones...*, toda hegemonía supone de un proceso de constitución espacial, es decir, de un intento precario por limitar la temporalidad de un acontecimiento mediante prácticas de espacialización, como la repetición de las prácticas sociales<sup>2</sup>. Esto es, algo que sugiere que las cosas han sido siempre y así, y que lo seguirán siendo de forma indefinida. De este modo, siguiendo la propuesta de Laclau, podemos inferir que toda práctica espacial retorna hacia la función de la sedimentación de las prácticas sociales que aportan una base compartida –un sustrato, podríamos decir– para el funcionamiento de lo social y de lo político. Pero a su vez, señala también Laclau (1990, p. 58) que no hay forma espacial o práctica de espacialización que pueda detener por completo la temporalidad. Si esto fuese posible, el cierre de la temporalidad equivaldría al cierre mismo de lo social. Una clausura que conllevaría a la imposibilidad de la (irrupción) política. Es por esa razón que la posibilidad misma de la política supone del quiebre de las prácticas espaciales, aquí entendidas como prácticas de sedimentación, así como también revelarían el límite ontológico de toda estructura espacial –la imposibilidad de su clausura sobre sí misma–. Al mismo tiempo, se advierte que la intromisión de la temporalidad en tanto *dislocación* de una estructura espacial –es decir, que las cosas no han sido siempre así más que por un período de tiempo determinado–. Esta lógica, que no es más que la de la hegemonía posmarxista, se vuelve circular en cierto punto. Esto es así ya que una vez dislocada una estructura espacial por medio de la intromisión de la temporalidad –y aquí podemos pensar en la política en términos temporales, como un *momento*– el resultado será siempre la construcción de una nueva forma de espacialidad que intentará detener la temporalidad, a pesar de esta también esté condenada a fallar en su empresa por sus mismas condiciones fenoménicas que permitieron su emergencia. La imposibilidad de que el espacio domine al tiempo, es decir de un cierre espacial de la temporalidad, significa, para Laclau, que el «el tiempo siempre vence, finalmente, al espacio» (Laclau, 1990, p. 59), o, al menos, que siempre terminaremos por enfrentarnos a una temporalización del espacio.

En una sentencia con mayor radicalidad teórica, Laclau sostiene que «política y espacio son términos antinómicos (ya que) sólo hay política en la medida en que lo espacial nos elude» (Laclau, 1990, p. 84). Este esquema, que vincula el tiempo a la dislocación (y a la introducción de la negatividad de lo social) y el espacio a la sedimentación (y la positividad de lo social), ha sido harto criticado. Como reflexiona Yannis Stavrakakis (2011), la visión desarrollada hasta aquí en la obra de Laclau puede ser –y de hecho lo ha sido por sus críticos desde la geografía política– enmarcada como un síntoma de la *crisis espacial* del imaginario político, y en particular del imaginario político de las izquierdas desde finales de la década de los ochenta. Si antes el espacio había sido la metáfora fundamental del pensamiento y de la práctica sociopolítica<sup>3</sup>, la utilidad de las metáforas espaciales ha sido duramente cuestionada y, de forma posterior, paulatinamente reemplazadas por conceptualizaciones temporales de la política que comprenden a esta última como un *momento* (Stavrakakis, 2011, p. 303). Cuestión que la geógrafa Margaret Kohn también ha problematizado como la pérdida del privilegio en la teoría política contemporánea del espacio, frente al tiempo y el lenguaje (Kohn, 2003, p. 20)<sup>4</sup>. Hasta donde hemos reconstruido aquí, la propuesta teórica de Laclau encaja dentro del diagnóstico de la crisis de la imaginación espacial en la teoría política, donde mientras que lo social se codifica en términos espaciales, lo político

2. Notemos que aquí tenemos un punto importante de contacto, aunque sea de forma indirecta, con uno de los aspectos de la obra de Lefebvre con relación a los procesos de homogeneización y repetición para la consolidación de un orden a la vez espacial y temporal. El desarrollo de estos procesos está presente, de forma más notoria, en *Crítica a la vida cotidiana* (Lefebvre, 2014 [1991]). Si bien la ausencia de diálogo entre los autores nos impide trazar una línea directa entre lo que ambos entienden por espacio como concepto político, si nos permite pensar en una suerte de noción compartida o sensibilidad teórica ligada, creemos, a la pertenencia de ambos a lo que podríamos nominar como el «marxismo heterodoxo». Aun así queda pendiente –y por fuera de este artículo– analizar con más amplitud los puntos de contacto posible entre la teoría posmarxista de Laclau y la teoría espacial de Lefebvre.

3. Cabe recordar aquí que tanto el liberalismo, mediante la división de la sociedad en la dualidad del espacio público y privado, como el marxismo, mediante la metáfora edilicia, han utilizado la imaginación espacial como vehículo privilegiado para la imaginación política.

4. Como tendencia de largo aliento en la teoría política, no es una coincidencia que el pensamiento político utópico, a la hora de imaginar futuros pospolíticos, se haya construido en términos espaciales. Para un análisis de los usos del espacio en el pensamiento utópico puede consultar la mención al tema en el ya canónico texto de Anderson, *Comunidades imaginadas* (2006 [1983], p. 42).

es pensado en términos temporales. Como también señaló Stavrakakis (2011), y que a esta altura no debería ser una sorpresa, las referencias de lo político en la obra de Laclau aparecen en tanto metáforas temporales (como el *momento* de la institución de lo social, como el *momento* de la reactivación, como el *momento* del antagonismo). En contraste, lo social es pensado desde el imaginario espacial clásico (*superficies, sustratos, sedimentación, lugares, estructuras*). Por ese tipo de representaciones del espacio y usos del imaginario espacial, Massey ha criticado a Laclau al señalar que este construye una visión «estática del espacio» (1992, p. 67), donde las referencias espaciales y el espacio en sí mismo operaría sólo como un ámbito neutral donde se asientan las identidades ya constituidas en una instancia que se muestra como inherentemente anterior. De esta manera, se abandonaría cualquier noción del espacio que intentase develar relaciones de poder –como pueden ser las relaciones entre centro/periferia o núcleo/margen– mientras que se construyen imágenes del espacio que no permiten reflexión alguna sobre la distribución del poder o el peso del espacio para la constitución de un orden político (Massey, 1992, p. 66).

Sin dudas, Laclau otorga, al menos en *Nuevas Reflexiones...*, una prioridad ontológica al tiempo por sobre el espacio. La Historia, con mayúscula, parece ser pensable sólo mediante la introducción de la temporalidad. El «tiempo espacial» pareciera ser recurrente y cíclico, entendido más como un proceso natural que como el producto de la acción social y humana. De forma similar, es también cierto que podemos encontrar en la propuesta de Laclau un problema similar al que fue señalado por la crítica «de izquierdas» a la perspectiva de la producción social del espacio desarrollada por Lefebvre. En líneas generales, y para no extendernos demasiado en esto, si la crítica de los geógrafos marxistas de la década de los setenta señaló que el espacio no era analizable sin incorporar la dimensión social y relacional de toda forma de habitar y entender al espacio. Así, para esta perspectiva, no habría procesos ni relaciones espaciales que puedan ser metodológicamente aislados de la estructura general de las relaciones sociales de poder de las que ellas son, en última instancia, un producto. Si bien esta corriente teórica dentro de la geografía política, que postula como principio general que el espacio es socialmente producido, significó un avance crucial para los estudios espaciales desde una perspectiva radical, aun así, tiempo después, también fue interpelada por nuevas relecturas, también realizadas desde la geografía crítica, que se propuso pensar en el reservo de las tesis de la producción social del espacio. Esta nueva corriente de la geografía crítica señaló que si el espacio, antes que nada, una construcción social, este podría quedar reducido a un producto, en tanto *output*. Es decir, a uno de los resultados materiales –aunque este sea el resultado material por excelencia– de las prácticas sociales. Por eso, en la década de los ochenta, se incorporó una tesis complementaria: de la misma forma que el espacio es un producto social, la sociedad también está espacialmente constituida (Massey, 1992, p. 70). En ese mismo sentido, la propuesta de Laclau hasta este momento, que piensa al espacio como el producto material de una relación de hegemonía, se encuentra frente al mismo límite: el espacio sería sólo el resultado de la sedimentación de las prácticas sociales, quedando reducido al momento de la «sutura» hegemónica, luego de la irrupción de la temporalidad en una comunidad política.

Aun así, entendemos que cabe hacer un matiz a las críticas ejercidas contra las nociones de tiempo y espacio presentadas por Laclau en *Nuevas reflexiones*. Nos es útil remarcar que, en ese mismo texto, Laclau también introduce algunas claves para reflexionar acerca de los condicionamientos espaciales de toda forma de irrupción de la temporalidad. Laclau señala que: «hay una temporalización de los espacios, o una ampliación del campo de lo posible, pero esto siempre tiene lugar en una situación *determinada*: es decir, en una en la cual siempre hay una estructuración relativa» (Laclau, 1990, p. 59). Es por ese motivo que, amparándonos en esta reflexión, entendemos que deberíamos incorporar un matiz al señalar al espacio como un simple estructural inercial en la propuesta de Laclau. El espacio, aún en su función de sedimentación de las prácticas sociales que efectivamente adquiere en este texto, no es pasivo. Ya que no es pensado ni como un contenedor ni un lugar neutral, debido a que si la espacialización no es más que la lógica misma de la hegemonía, ésta última no es más que otra forma de llamar a la política. Podríamos decir que el espacio *no es político* sólo en la medida en que lo político se encuentra codificado como el momento de la dislocación de una estructura previa, pero no como una ausencia de la política en el espacio *tout court*. Ha sido el propio Laclau quien señala que la dislocación de una estructura no es algo exterior a la estructura misma, sino que se encuen-

tra dentro de ella<sup>5</sup>. Si el espacio es siempre un *espacio hegemónico*, esto significa que no hay forma de eliminar la política dentro de cualquier idea del espacio o referencia espacial. Incluso, la posibilidad misma de la dislocación de un espacio por medio de la intromisión de una nueva temporalidad que desestabilice a cualquier estructura espacial dada demuestra que la política es, en última instancia, inerradicable del espacio, en el mismo sentido en el que Laclau sostiene que la temporalidad no puede ser plenamente hegemónizada por la espacialidad (Laclau, 1990, p. 58). Asimismo, debemos prestar la misma atención a la idea misma de que todo espacio hegemónico es dislocado por la intromisión de un «momento» (político) que disloca esa estructura espacial. Esto último equivaldría a afirmar que todo momento político necesita configurar una nueva hegemonía, aspecto que incluye un régimen espacial en particular. Así, la propuesta de Laclau no dista tanto de la propuesta de Lefebvre que propone pensar al espacio tanto como el medio donde las relaciones sociales ocurren y a la vez como un producto material que afecta la forma específica que esas relaciones sociales adoptan (Gottdiener, 1993, p. 132). Es necesario recordar, primero, que «para dislocar una estructura, primero, debe haber una estructura» (Laclau, 1990, p. 59) y, segundo, que cualquier temporalización del espacio tiene siempre lugar en una situación *determinada*: es decir, en una en la cual hay siempre una estructuración relativa (Laclau, 1990, p. 59). Si Laclau señaló que el espacio sedimenta prácticas sociales principalmente mediante la repetición, se encuentra aquí con Lefebvre cuando éste último señala que la producción del espacio en el capitalismo comprende de la fragmentación y la homogenización del espacio «bajo la ley de lo reproducible y de lo repetitivo» (Lefebvre, 1991 [1974], p. 375). Por último también podemos recuperar las nociones de *espacio abstracto* y *espacio diferencial* de Lefebvre, y en particular las lógicas de relación que el geógrafo francés establece entre ambas: si el espacio abstracto es aquel que borra las huellas de su propia formación —y que aquí podemos pensar como un intento por eliminar su propio estatus político— y espacio diferencial es el que inserta la diferencia —y también la política— al *dislocar* al espacio abstracto por medio de la introducción de la negatividad de lo social en una estructura espacial particular. Así, la política existe en el espacio abstracto de Lefebvre de una manera sumamente cercana con la noción del espacio que Laclau desarrolla en *Nuevas reflexiones...*, es decir, como práctica de sedimentación hegemónica, como el intento de de un espacio comunitario. El *espacio abstracto*, así como el espacio a secas en dentro de esta porción de la obra de Laclau, se esfuerza por borrar sus condiciones de emergencia mediante la homogenización positiva de las diferencias. Frente a esto, la propuesta de Laclau nos permite pensar cómo esa operación es siempre incompleta y termina por ser dislocada por la introducción de una diferencia negativa radical. En palabras de Lefebvre:

La reproducción de las relaciones sociales de producción dentro de este espacio obedece inevitablemente a dos tendencias: la disolución de las antiguas relaciones, por un lado, y la generación de nuevas relaciones, por otro. Así, a pesar de -o más bien debido a- su negatividad, el espacio abstracto lleva dentro de sí las semillas de un nuevo tipo de espacio. Llamaré a ese nuevo espacio 'espacio diferencial', porque, en la medida en que el espacio abstracto tiende hacia la homogeneidad, hacia la eliminación de las diferencias o peculiaridades existentes, no puede nacer (producirse) un nuevo espacio a menos que acentúe las diferencias. También restaurará la unidad de lo que el espacio abstracto descompone: las funciones, elementos y momentos de la práctica social (Lefebvre, 1991 [1974], p. 52).

En resumen, más que un simple abandono de la importancia política del espacio, el desarrollo de la propuesta de Laclau muestra una relación compleja entre el tiempo y el espacio, es decir una lógica política espaciotemporal, que no es más que el frente y el revés de una relación de hegemonía, y que muestra la imposibilidad ontológica de eliminar lo político de cualquier formación social. Como señaló Stavrakakis, el momento de la sedimentación es también el momento

5. En ese mismo sentido Laclau (1990, p. 63) hace una aclaración al remarcar que: «es importante advertir que por dislocación y desnivel no entendemos «contradicción» en el sentido hegeliano-marxista del término. La contradicción es un momento *necesario* de la estructura y es, por lo tanto, interior a ella. La contradicción tiene un espacio teórico de representación. Pero la dislocación, según vimos, no es un momento necesario de la autotransformación de la estructura, sino que es el fracaso en la constitución de esta última».

mismo de la política (2011, p. 315), y más allá de toda práctica de sedimentación, toda disrupción temporal de lo social se encuentra necesariamente emplazada en un lugar, un punto preciso que opera como lo que Badiou (2005) llamó el lugar del acontecimiento, lo que equivale a decir que no hay dislocación «temporal» que no se encuentre espacialmente situada<sup>6</sup>.

Nuevas reflexiones...es la única producción dentro de la obra de Laclau dónde se reflexiona sobre la categoría del espacio (y del tiempo), al menos de una forma directa. Luego de eso, entendemos aquí, el espacio seguirá presente en la obra de Laclau, pero ya como metáfora necesaria para la construcción de los cimientos teóricos de su propuesta. Cuestión que se encuentra presente en *Hegemonía y estrategia socialista* (2015 [1985]), escrito junto a Chantal Mouffe, y que no pierde intensidad dentro de *La razón populista* (2005), así como en textos posteriores como *Debates y combates* (2008) y *Los fundamentos retóricos de la sociedad* (2014). Como bien señala Dikeç (2012) a raíz de los debates sobre los usos de las metáforas espaciales en el pensamiento político, es posible señalar que no existe un uso puramente metafórico del espacio desligado de una cierta idea espacial de la política. Esto nos es relevante ya que significa que si autores como Laclau utilizan con regularidad referencias espaciales para dar cuerpo a edificios teóricos que conllevan un alto grado abstracción y refinamiento conceptual es porque las formas de la imaginación espacial guardan un sentido político profundo, más que una mera casualidad retórica o un simple capricho estilístico. Cuando se invoca al espacio y la imaginación espacial desde la teoría política es porque distintas concepciones del espacio y de la espacialidad permiten el desarrollo de formas específicas para conceptualizar lo político (Dikeç, 2012, p. 669). El análisis de la imaginación y de las representaciones espaciales en propuestas teóricas que no se centran en una reflexión sobre el espacio o que no buscan ligar la teoría política con el pensamiento espacial o la geografía política como objetivo principal, en general nos permite pensar que, aún en estos casos, el espacio y las formas de espacialización pueden ser constitutivas de lo político, o que al menos no podemos pensar lo político sin tener en cuenta la dimensión espacial que toda relación política conlleva. Como señalan Laclau y Mouffe:

Sinónimo, metonimia, metáfora, no son formas de pensamiento que aporten un sentido segundo a una literalidad primaria a través de la cual las relaciones sociales se constituirían, sino que son parte del terreno primario de constitución de lo social. El rechazo de la dicotomía pensamiento/realidad debe ir acompañada de un repensamiento e interpenetración de las categorías que hasta ahora habían sido pensadas como exclusivas de uno u otro de sus dos términos (Laclau y Mouffe, 2015 [1985], p. 187)

En virtud de lo anterior, encontramos que la presencia relativamente constante de las metáforas espaciales presentes a lo largo de la obra de Laclau nos sugiere que todo pensamiento espacial es inherentemente una forma de pensamiento político (Dikeç, 2012, p. 670); ya que, como señala Bowie (2003, p. 59), las metáforas no son algo prescindible de la filosofía, o en nuestro caso de la teoría política. Las metáforas, en cambio, hacen inteligibles a las teorías a la vez que le aportan un sentido específico al convertirse ellas mismas en conceptos cargados de sentido.

Dentro de la teoría política de laclauiana, en un corpus que va desde *Hegemonía y estrategia socialista* hasta *La razón populista*, las categorías espaciales están presentes de forma casi ubicua, donde la política misma es pensada en tanto un espacio. Esto ocurre no sólo por la proliferación de las metáforas espaciales a lo largo de la obra de Laclau que incluyen nociones como «el espacio político de la lucha feminista» (Laclau y Mouffe, 2015 [1985], p. 229), o por la extensa utilización de conceptos espaciales a lo largo de su obra como los de «frontera», «interior» y «exterior» que resultan vitales para la construcción de su desarrollo teórico, sino porque el espacio político es constitutivo de los antagonismos, y por ende de la política como tal. Espacio y política se relacionan de forma cabal en la propuesta de Laclau, a punto tal que el autor argentino nos propone una lectura espacial de la democracia –aunque en un sentido algo diferente al que exploran Manhães Cabral y Linovaldo (2018)– al caracterizarla como un «espacio de indecidibilidad» (La-

6. Aunque cabe señalar que para Badiou el «lugar del acontecimiento» no es un espacio, en los términos que no es un lugar geográficamente localizable ni pensable en esos términos; en lugar de eso Badiou nos invita a pensar en el lugar del acontecimiento como la precondition básica de cualquier espacio posible (Badiou, 2005).

clau y Zac, 1994, p. 27). Así, la democracia moderna no es pensada como un régimen político, sino como: «la institución de un espacio [político] cuya función social ha tenido que emanciparse de todo contenido concreto, precisamente porque (...) cualquier contenido es capaz de ocupar ese espacio» (Laclau y Zac, 1994, p. 36). Esta noción de espacio político continúa ganando potencia explicativa en los textos de Laclau de manera central. En el ensayo que se publica dentro del libro *Contingencia, Hegemonía y Universalidad* (2000) Laclau señala que:

Ganamos muy poco, una vez que las identidades se conciben como voluntades colectivas complejamente articuladas, al referirnos a ellas mediante designaciones simples como clases, grupos étnicos, y así sucesivamente, que son, en el mejor de los casos, nombres para puntos transitorios de estabilización. La tarea realmente importante es entender las lógicas de su constitución y disolución, así como las determinaciones formales de los espacios en los que se interrelacionan (Laclau, 2000, p. 53).

Aun así, el tipo de imaginación espacial presente en la teoría de la hegemonía desarrollada por Laclau, que sostiene que todo espacio de representación se encuentra internamente fraccionado mediante un antagonismo identitario que fractura ese espacio en un adentro y un afuera de la representación política, ha sido criticada como un todo. Widder (2010) sostiene que el tipo de pensamiento espacial con el que Laclau construye su teoría de la hegemonía se funda en un binarismo entre un «adentro» y un «afuera» que sólo funciona si se concuerda con una visión del espacio entendida como un medio homogéneo y simplificado, que fracasaría a la hora de analizar al espacio –algo que también ocurriría con los procesos identitarios– desde una lógica multidimensional. Este problema, según la crítica de Widder, no sólo afecta a la visión del espacio que se desprende de la obra de Laclau en general, sino que también supondría de una fuerte restricción explicativa de la teoría de la hegemonía a la hora de entender no sólo al espacio, sino «al poder y al movimiento» (Widder, 2010, p. 118). A pesar de esto, cabe decir que falta aquí un nivel de claridad dentro de la crítica de Widder con respecto a por qué la noción multidimensional del espacio elaborada desde la física debería ser codificada por la teoría política y por qué esto agregaría una nueva dimensión de espacialidad a la teoría discursiva de la hegemonía<sup>7</sup>. Además de esto último, cabe señalar un punto de discusión más con la crítica de Widder. Dentro de la teoría laclauiana, la constitución de un par binario entre un «adentro» y un «afuera» –algo que es pensable en tanto metáfora espacial– es de algún modo desecho por la propia propuesta teórica de Laclau. Esto es así, y en buena medida contraría el comentario crítico de Widder, ya que todo afuera, por una consecuencia lógica de la propia teoría, esta a su vez situado en un adentro. Tanto para la teoría presentada por Laclau como para el posmarxismo en general, ninguna diferencia es completamente desparticularizable –o dicho de otra manera, no hay posibilidad de vaciar plenamente de contenido a ningún significante, lo que nos sugiere pensar que incluso la noción de significante vacío remite a una idea de significante *tendencialmente vacío*–. Todo intento de homogeneizar un espacio social es siempre una pretensión; una fijación precaria y contingente, y en última instancia fallida, de ciertos significados en la esfera de lo social. Teniendo esto en cuenta, las consecuencias son: primero, que existe desde el comienzo una noción inherentemente multidimensional al utilizar la metáfora espacial del par binario del adentro y del afuera en la teoría discursiva de la hegemonía, mientras que, en lo que refiere a la reflexión por el espacio, esto significa a su vez que toda noción del espacio como práctica sea entendida como un momento político, es decir, como algo no dado de antemano –y mucho menos neutral y homogéneo.

Aun así, cabe señalar que Dikeç abona una crítica similar, a lo que agrega que en el esquema de Laclau no hay lugar para pensar en identidades colectivas o en formas políticas basadas en la solidaridad y la cooperación (Dikeç, 2012, p. 673), siendo este un problema a la hora de analizar las características de, por ejemplo, los «nuevos movimientos sociales». Así, la imaginación espacial «estrecha» que comprendería la lógica de la hegemonía propuesta por Laclau significaría un límite para el despliegue de la propia teoría, tanto como de su capacidad de explicar diferentes

7. De hecho, pensar en el espacio desde la multiplicidad podría significar la difusión de los puntos de antagonismo y de los procesos de identificación colectiva, algo sobre lo que el propio Laclau sí ha reflexionado en más de una oportunidad, inclusive dentro de *La razón populista*.

fenómenos de identificación política que no cuentan con puntos de antagonismo claramente definidos, como, por ejemplo, ocurre con el movimiento contra la «globalización» —debido a que la globalización significa procesos radicalmente distintos en lugares distintos. Por ejemplo, el proceso de globalización tuvo hasta el momento consecuencias sumamente diferentes en Europa continental que en el sudeste asiático— que se definiría, en la propuesta de Featherstone (2008), no por su negatividad radical o su exterioridad frente a un Otro, sino por su «apertura radical» (*radical openness*). Así, si unimos una crítica con otra, la falta de elementos teóricos que nos permitan comprender una espacialidad múltiple de lo social, y que al mismo tiempo fracasa en dar cuenta de los procesos políticos donde la asociación y la solidaridad sean los vínculos constitutivos de las identidades sociales, es que la teoría de Laclau no sería capaz de explicar fenómenos políticos que, por ejemplo, exceden los límites de los «espacios nacionales», ya que no en toda geografía se comparten los mismos puntos de antagonismo (Featherstone, 2008, p. 7). Sobre estos últimos comentarios, y en particular sobre lo que postula Featherstone, encontramos que lo que aquí se señala como déficit en la teoría de Laclau no es más que una interpelación al posmarxismo en general. Por trabajar con el caso citado, si el problema es la falta de un punto de antagonismo claro en los movimientos contra la globalización, cabría preguntarse, primero, si la falta de un punto claro de antagonismo no es un correlato de la falta de potencia política de esos mismos movimientos —es decir, de su potencia populista— o, en todo caso, si no se precisa de hacer operativo ese punto de antagonismo dentro de cada una de las manifestaciones políticas donde esos movimientos se sitúan espacialmente. Sea cual fuere el caso, incluso el movimiento político que intentara expandir su capacidad de representar diferentes demandas sociales de manera más aperturista necesita —al menos, para el posmarxismo— de un momento político cargado de una negatividad tan poderosa como para hacer efectiva una fractura del campo de la representación, haciendo que al menos una diferencia dentro del campo de lo social no sea asimilable, convirtiéndose en un exterior. De cualquier manera, el tenor de estas críticas merecería de una revisión más extensa que aborde al mismo tiempo las experiencias políticas específicas que son citadas en cada uno de esos trabajos. Incluso, puede decirse que varias de las expresiones políticas que son citadas como pruebas de los límites de la teoría posmarxista en general y laclausiana en particular no parecen haber pasado la prueba del tiempo con mucho éxito.

## 2. *La razón populista* desde una mirada espacial

Hasta aquí hemos realizado una tarea doble que consistió, primero, en rastrear los usos del espacio presentes en la teoría de Laclau y, en segundo lugar, en recopilar algunas de las críticas que se han formulado a esos usos desde, principalmente, la geografía política. A los efectos de este trabajo nos resta analizar cuál es el lugar del espacio en *La razón populista*, una obra cuyo impacto en el campo de la teoría política es aún difícil de estimar, pero que sin dudas ha tenido una influencia categórica en el pensamiento político y social contemporáneo y que hemos dejado de lado de forma deliberada en las páginas anteriores. Esta organización de nuestro texto responde a que entendemos que, gracias a la introducción de dos conceptos en *La razón populista*, buena parte de las críticas hechas al tipo de imaginación espacial propuesta por Laclau requieren ser al menos revisitadas. Nos referimos a la introducción de las nociones de *demand*, entendida como la unidad fundamental de lo político, y *pueblo*, el sujeto de la política (y de lo político en sí). Entendemos que demanda y pueblo, así como han sido teóricamente codificadas en *La razón populista*, son conceptos que contienen una carga de espacialidad tal que nos permiten comenzar a pensar al espacio desde una perspectiva posfundacional, sumamente multifacética y teóricamente sofisticada.

Antes de avanzar, resulta conveniente hacer una aclaración. Si bien agregamos poco al decirlo, puede ser útil marcar que *La razón populista* puede leerse, en primer lugar, como la obra culmine en la que Laclau despliega una teoría política sobre la preocupación intelectual más constante a lo largo de su obra: cómo se forma una identidad política (Retamozo, 2006). En *La razón populista*, Laclau reformula la pregunta por las identidades colectivas dando una suerte de «paso atrás», en términos epistemológicos, que subsume la pregunta por los procesos de identificación

en la pregunta por la política *tout court*. Esta nueva esquematización de la pregunta fundamental a responder mediante la teoría trajo, como señalaron Aboy Carlés y Melo (2014), una diferencia en el alcance de las afirmaciones y las conclusiones que promulga *La razón populista* con respecto a los trabajos previos de Laclau. Y tal vez sea esta diferencia de alcance explicativo la que nos permite pensar un nuevo lugar del espacio en este periodo de la reflexión teórica de Laclau. No se trata de un aspecto menor para nuestra exploración ya que, si antes podíamos encontrar a Antonio Gramsci y diversos autores del «marxismo heterodoxo» como las referencias teóricas centrales en las reflexiones del autor argentino, en *La razón populista* esas referencias cambian hacia Sigmund Freud y Jaques Lacan. Este último es un autor cuyos conceptos están influenciados por una imaginación espacial que alimenta el uso recurrente de referencias espaciales (Kingsbury, 2007), como así también por la reflexión sobre el espacio como concepto y categoría (Gregory, 1995; Voela, 2020; Pohl y Swyngedouw, 2021). Así, no encontramos casual que el giro en las referencias teóricas de Laclau impacte en las formas de espacialidad que encierran los conceptos que él mismo desarrolla en este período de su producción intelectual. Por ello, para realizar una lectura espacial de *La razón populista* proponemos concentrarnos en las nociones de *demandas* y *pueblo* en los términos del populismo. Entonces, la clave aquí ya no es solamente pensar en las implicancias de la teoría posfundacional de la hegemonía a la hora de pensar en el espacio como concepto teórico político, sino los dos elementos que Laclau incorpora a esa teoría en el desarrollo de la perspectiva populista: el pueblo como sujeto de lo político y de la demanda como la condición básica para su emergencia.

En *La razón populista*, Laclau sostiene, para decirlo de forma sumamente resumida, que el populismo, más que una ideología política o un adjetivo, encierra en sí mismo la lógica mediante la que las identidades políticas son construidas. El desarrollo del texto es básicamente una exploración teórica acerca de cómo esa razón particular, la populista, se desenvuelve<sup>8</sup>. Para Laclau, esta lógica del populismo supone un proceso de articulación de demandas heterogéneas que emergen como resultado de una expansión de la heterogeneidad social. Esta última responde a las condiciones estructurales del capitalismo contemporáneo en la era de la globalización (Laclau, 2005, p. 69) que tiende a hacer (aún) más heterogéneas las demandas, las identidades y los puntos de condensación de lo social. Esta condición, a nuestros efectos, ya supone una interrelación de diferentes escalas espaciales en la formación de las demandas que integra, al menos, una local, una regional y otra global. Como señala Retamozo (2017), Laclau ofrece una teoría de las demandas sociales, a las que define como la unidad menor de la política (Laclau, 2005, p. 4) –de forma algo análoga, podemos decir, a como Marx define la mercancía como la unidad menor del capitalismo–. Laclau clasifica las demandas por la forma en la que se encuentran dentro de una estructura social dada, y por la manera en la que unas se vinculan con otras. Una demanda aislada, sin importar su contenido, es rotulada como *demandas democráticas* –puede comprender desde el reclamo por seguridad en un barrio periférico en un país del Sur Global, hasta la demanda transnacional por el desarme nuclear global–. Ahora bien, cuando una demanda entra en contacto con otras a partir de su mutua insatisfacción (es decir: en tanto demandas no resueltas ni incorporadas ante la entidad frente a la que las estás haciendo efectivas) comienza un proceso de articulación que transforma esas demandas, antes aisladas y ahora insatisfechas, en *demandas populares*. Estas demandas populares generan una división espacial de lo social, ya que terminan por dividirlo en dos campos: un *nosotros demandante* –el *pueblo*– y un *ellos demandado* –el *poder*– que se muestra incapaz de responder a una demanda popular compleja. Esto, una

8. Cabe notar que mientras que en *Hegemonía y estrategia socialista*, Laclau y Mouffe recorren las discusiones teóricas de las izquierdas decimonónicas mediante a través de una puja entre la búsqueda del monismo y la constatación de la heterogeneidad de lo social. En *La razón populista* ya no encontramos un problema sólo aislable dentro del hemisferio izquierdo de la teoría y de la praxis política. Como señalamos antes, y también como han comentado otros autores con los que hemos conversado en este texto, entendemos que esto responde al movimiento teórico que permite diferenciar dos períodos diferentes en los intereses teóricos de Laclau. Conviene recordar que una variante de este problema –a saber, si el populismo es una lógica política inherentemente ligada a las izquierdas o si puede el populismo, codificado en los términos de Laclau, articularse como un fenómeno de derechas– se sitúa en la actualidad como uno de los puntos aun en franco debate sobre la propuesta laclauiana del populismo, y para lo que se pueden consultar los textos de Barros (2018) y de Biglieri y Cadahia (2021) como algunas de las últimas intervenciones sobre esa cuestión en particular que ordenan, en cierta manera, ese campo de la discusión dentro de la teoría populista.

demandas complejas y la incapacidad del *poder* para satisfacerla, deviene en un orden dislocado por la potencia de las demandas populares que ahora son movilizadas mediante la constitución identitaria de un sujeto colectivo de tipo populista<sup>9</sup>.

En el tipo de imaginación espacial que propone Laclau en *La razón populista*, no hay espacio social (simbólico) que no se encuentre (simbólicamente) fracturado. Esto es así ya que, en primer lugar, el paso de una demanda popular a una identidad política reside en la introducción de la lógica populista, esto es, el establecimiento de una frontera de exclusión radical dentro del espacio comunitario como resultado de la construcción de una frontera simbólica que delimita la extensión del momento horizontal de la política populista –es decir, qué demandas democráticas componen la cadena de equivalencias y dotan de contenido específico a cada identidad social– y del momento vertical –es decir, qué elementos quedan excluidos de esa cadena y se muestran exteriores a ella–. El resultado último de la lógica populista es la simplificación del espacio social en dos campos estructuralmente diferenciados que podemos rotular de forma genérica como el *pueblo* y el *poder*. Así, la política populista consiste básicamente en una división radical del espacio social. Y, más allá de eso, es posible afirmar que el tipo de imaginación espacial que está en juego no es el que encontramos en textos anteriores. Por el contrario, aquí nos topamos con una cosmovisión del espacio en la que este no es ni sustrato de lo político ni espacio neutral de donde surgen las identidades sociales, sino un elemento indisoluble de la acción política colectiva, ya que la política populista es, podemos decir, un ordenamiento espacial generado a partir de articulaciones discursivas cuyas condiciones de emergencia también se encuentran inscritas en prácticas sociales sedimentadas espacialmente –por el régimen de exclusiones anteriores a la emergencia de una demanda popular–. La lógica populista supone, entonces, una disputa simbólica por el ordenamiento del espacio y, en particular, por la locación de los antagonismos en el espacio social. En palabras de Laclau, «[l]a noción de un antagonismo constitutivo, de una frontera radical requiere, por el contrario, un espacio fracturado. Debemos analizar las diferentes dimensiones de esta fractura y sus consecuencias para el surgimiento de identidades populares» (Laclau, 2005, p. 112).

Si bien pensamos que la propuesta teórica de *La razón populista* es indisoluble de la imaginación espacial, la introducción de la noción de *demandas* complejiza ese escenario teórico al dar un paso más allá: el paso de una demanda democrática a una demanda popular no es más que el paso de un modelo simple de espacialidad a uno complejo, donde coexisten en una misma articulación identitaria múltiples configuraciones imaginarias del espacio. Toda demanda surge de manera irremediable, volviendo a Lefebvre, dentro de un «soporte» material que condiciona y a la vez determina su aparición. Ese emplazamiento es tanto material –ya que en Laclau la demanda es siempre algo que *falta*– como simbólico –ya que su inscripción y contenido preciso responden a procesos discursivos de articulación de lo social–. Así, en la teoría populista, más que una «desespacialización» o «desterritorialización» encontramos algo más cercano a una «hiperespacialización» de la política. A diferencia de los estudios de Agnew y Shin (2019), por poner algunos ejemplos a los que ya nos hemos referido, que se preocupan por insertar la geografía dentro del populismo, sostenemos que el espacio como concepto y preocupación teórica de la geografía política ya se encuentra inserto, aunque no de manera evidente, dentro de la propia teoría política del populismo desarrollada por Laclau.

9. Debemos notar que aquí también Laclau ofrece una suerte de estabilización del uso de la noción de *demandas* con respecto a lo presentado en *Hegemonía y estrategia socialista*, no sólo debido a que en *La razón populista* ofrece una definición básica de la noción de demanda, sino a que precisa su función articuladora con relación a un sujeto político específico –el pueblo del populismo. En *Hegemonía y estrategia socialista*, la reflexión sobre la función específica de la demanda en relación con la articulación de un sujeto es mucho más escueta, su uso es más variable, y el concepto suele ser auxiliado por más adjetivos –como por ejemplo «*demandas pequeñoburguesas*» (Laclau y Mouffe, 2015, p.101) , «*demandas obreras*» (p. 153) o «*demandas ultralquierdista*» (p. 68)–, algo que deja de ser relevante –o al menos determinante– para el lugar que ocupan las demandas en el desarrollo de *La razón populista*. Por otro lado, podemos trazar una suerte de genealogía del concepto de *demandas* en el trabajo de Laclau en base a la noción de *interpelación* presente en los textos *Fascismo y dictadura y Hacia una teoría del populismo* –ambos textos que componen el libro *Política e ideología en la teoría marxista* (1977). En ambos textos, la idea de *interpelación* guarda algunos de los elementos que luego serán retomados de forma parcial en *Hegemonía y estrategia socialista* y de forma más desarrollada, y no sin modificaciones y cambios de perspectiva, en *La razón populista*.

Ahora bien, una vez que reconocemos que toda demanda guarda de forma inherente una dimensión espacial que no es posible de erradicar, surge otra pregunta: ¿Qué ocurre cuando esa demanda entra en un proceso de articulación con otras demandas? ¿Qué pasa con la dimensión espacial de una demanda cuando esta pierde su particularismo para transformarse de una demanda democrática (simple) a una demanda popular (compleja)? Cabe señalar que no existe en la teoría laclausiana posibilidad de una desparticularización total de las demandas dentro de sus procesos de articulación con otras. Ha sido el propio Laclau quien remarcó que no es posible neutralizar la particularidad de una demanda, aún en su incorporación a una cadena de equivalencias (Laclau, 2005, p. 127), aspecto que hace que todo proceso de articulación guarde siempre una dimensión relacional que incorpora la tensión entre las demandas que conforman esa cadena. En este punto, proponemos pensar la articulación de demandas y la trasmisión de una demanda democrática hacia una demanda popular como un proceso de espacialidad compleja. Con esto nos referimos que, en una demanda popular, coexisten múltiples espacialidades alternativas que discuten con el régimen político-espacial hegemónico. Dependiendo de la extensión de las equivalencias, no habría límite teórico para que distintas demandas que emergen de diferentes regímenes específicos de uso y ocupación del espacio, como lo urbano y lo no-urbano, el campo y la ciudad, puedan entrar en un proceso de articulación de equivalencias frente a un otro antagónico. Esto se debe a que en ninguna formación hegemónica existe una única forma de expresión espacial de la política, sino que siempre reúne una multiplicidad de formas en las que el espacio y la política se relacionan. Esta característica en particular es algo que la teoría laclausiana del populismo nos permite analizar en sus propios términos; esto es, en la manera misma en la que la lógica populista concibe la política. Lo anterior encierra otra consecuencia que sugiere problematizar la dimensión espacial de las demandas dentro del edificio teórico laclausiano: la política en Laclau no es pensable sin un espacio –un «soporte» lefebriano– donde las demandas puedanemerger y las diferencias sociales sean representables. Para Laclau, sin un espacio la representación política, incluso en términos simbólicos, no es siquiera pensable.

Queda aún un movimiento más. Si ya exploramos la demanda como unidad básica de lo político en relación con el espacio, queda pendiente explorar qué tipo de relación espacial guarda el sujeto de la teoría política populista. En otras palabras, ¿cuál es la relación entre espacio y *pueblo*? En primer lugar, y en base a nuestros objetivos, pensamos al *pueblo* del populismo como la *cristalización* de una cadena de equivalencias (Laclau, 2005, p. 214). Así, la emergencia de un *pueblo* tiene su preludio en un juego de espacialidad compleja, allí donde demandas populares construyeron cadenas de equivalencias de las que la emergencia del *pueblo* como sujeto es su resultado último. Pero, al mismo tiempo, la constitución del *pueblo* significa una *dislocación* espacial. Más precisamente, la articulación discursiva del *pueblo*, de una *plebs* que se presenta como el *populus*, significa una dislocación del orden hegemónico espacial y temporal anterior a su emergencia. Esta dislocación supone la fractura del *espacio comunitario* e implica su división en dos campos: el *pueblo* frente a su Otro, el *poder*. Pero lo importante aquí para nosotros es que nada de lo fracturado vuelve a suturarse en su exacto estadio anterior –algo que vale incluso para el orden hegemónico desafiado que intente re-articularse<sup>10</sup>–. Un aspecto central en la teoría del populismo desarrollada por Laclau es que esta nos sugiere que la emergencia del *pueblo* conlleva un acto creativo: el *pueblo* se crea a sí mismo y, mediante el discurso, da forma específica a su sustancia como sujeto. La sustancialidad o la subjetivación del sujeto populista no refiere a la mera suma de demandas inactivas o aisladas en una formación social dada que, repentinamente, entran en un juego articulatorio, sino que es mediante el populismo y su lógica específica de articulación discursiva que ese sujeto toma forma como tal. No hay, de esta manera, ninguna identidad que descansen en la pasividad de su topografía social esperando ser «activada» mediante el discurso, pero sí es mediante el discurso que las demandas se direccionan, se envisten y toman fuerza performativa. Algo similar ocurre a la hora de pensar el espacio desde esta clave

10. El caso reciente de la crisis de la zona euro puede ser un ejemplo sugerente: la restauración de la hegemonía desafiada mediante la popularización de la nueva izquierda radical en España, Portugal y en particular en Grecia, no llevó el estado de las cosas a su estadio anterior, sino que esa hegemonía necesitó rearticularse incluso en términos espaciales. Una reconstrucción de ese proceso, y de las relaciones entre el centro y la periferia de la eurozona puede ver en Lapavitsas (2018) y Varoufakis (2018), desde ópticas disímiles.

teórica: la emergencia de un pueblo implica siempre una nueva lógica de relación espacial. Esta es una de las consecuencias lógicas de la cuestión de la «triple sinonimia» de la teoría de Laclau<sup>11</sup>: si hegemonía es política, política es populismo y populismo es hegemonía, como señala críticamente Ardit (2010), no hay forma lógica en que, al discutir sobre estos tópicos no estemos discutiendo sobre proyectos antagónicos enfrentados y que incluyen, entre otras aristas, cómo dominar el espacio.

El movimiento teóricamente más radical que lo anterior nos supone es pensar el espacio como discurso. Lo que entendemos por espacio, siguiendo a Laclau, no es más que un discurso sobre el espacio, discurso siempre regulado por la lógica política de la hegemonía, orientado hacia y por la articulación de un sujeto político, sedimentado en el tiempo mediante significantes vacíos y flotantes y a su vez condenado a su propia contingencia histórica radical. Más que un espacio, la lógica del populismo nos sugiere que sólo nos podemos aproximar desde el análisis de lo social a partir de imágenes del espacio que sobresalen entre otras por haber triunfado, situacionalmente, sobre otras imágenes del espacio antagónicas. El espacio puede ser pensado como un producto del discurso, en la medida en que solo nos aproximamos a él mediante articulaciones discursivas, sean las que un orden hegémónico proyecta o las que combaten, o al menos tensionan, ese mismo orden. Pensemos en la configuración simbólica que ocurre cuando nos enfrentamos, por ejemplo, a las imágenes espaciales en los discursos que versan sobre significantes como *el centro* y *la periferia*. Desde *el centro* (del capitalismo mundial, de un imperio o un régimen de tipo imperial, etc.) se proyecta una división espacial del mundo basada en la capacidad económica, productiva, militar y cultural mediante la que un espacio, en tanto idea, se impone sobre otros. Desde *el centro* se proyecta una imagen espacial que ordena el mundo y lo hace inteligible en espacios desarrollados y subdesarrollados, deseables e indeseables. Ese orden espacial, que involucra un discurso que sustenta esa imagen del mundo, funciona en la tanto y en cuanto sea aceptado no solo en el *centro* sino también en la *periferia*. Si desde *la periferia* se discute la imagen espacial que ordena el mundo en ese par antagonista, esa imagen espacial y el régimen que esa imagen sustenta entrarían en crisis, a través de la dislocación de dicha imagen. Pero para que esto ocurra se precisa de la emergencia de un *pueblo* que articule, entre otros elementos, una imagen espacial alternativa<sup>12</sup>. Más allá de este ejemplo, lo que nos ocupa aquí es afirmar que la noción de pueblo en la teoría populista de *La razón populista* requiere de una conceptualización espacial. Postulamos esto porque la emergencia del pueblo del populismo supone la ruptura del espacio de representación en el cual este surge y se inserta. La noción de pueblo como sujeto, tal como aparece en Laclau mediante su lógica de articulación, contiene una doble espacialidad: mientras que la articulación del pueblo fractura un espacio, ese acto es también creativo ya que supone la articulación de un espacio alternativo. Si retomamos la discusión del apartado anterior, encontramos que en *La razón populista* espacio y tiempo no son contradictorios. El *momento* político que implica la irrupción de la temporalidad en el espacio político adquiere una función relacional: el espacio gana temporalidad mediante su fractura y el movimiento tiende a ralentizarse en la medida en que una imagen espacial se convierte en hegémónica. Así, una concepción temporal de la política no supone la pérdida de la potencia de la conceptualización del espacio para pensar lo político, sino que más bien nos obliga a no perder de vista que todo orden político es espacial.

11. Si bien reconocemos que este punto, el de la «triple sinonimia», es uno de los puntos actuales más debatidos en la obra del «último Laclau», abordar esas discusiones —que guarda una relación más cercana con quienes han comentado y complementado la obra de Laclau que con el propio Laclau— queda por fuera de las pretensiones de este texto.

12. Y es tal vez aquí, a pesar de los sucinos del ejemplo, donde la experiencia última de la izquierda europea fracasó: las luchas locales contra la austeridad en la eurozona no lograron vincularse más allá de los espacios nacionales de representación, y fue así como su impugnación a la austeridad y a la hegemonía de la Troika europea (el Fondo Monetario Internacional, el Banco Central Europeo y la Comisión Europea) fue derrotada.

## Conclusiones

A lo largo de estas páginas, hemos propuesto una primera exploración de la teoría posmarxista desde la perspectiva espacial. Centrándonos en *La razón populista*, abordamos la preocupación y las implicancias del espacio para una de las corrientes más relevantes del posmarxismo, la teoría populista. Ahora bien, la pregunta que emerge es: ¿cuál es la importancia de vincular la teoría populista de Ernesto Laclau con el pensamiento y la reflexión sobre el espacio? ¿Qué es lo que hace que esto no sea una búsqueda intelectual más cercana a lo anecdótico? Dicho de otra manera, ¿por qué buscar los rastros de la reflexión sobre el espacio en Laclau o insertar en Laclau la preocupación teórica por el espacio? Sobre estos asuntos pretendemos ensayar algunas respuestas a modo de conclusión.

En primer lugar, creemos que la propuesta teórica de Ernesto Laclau solo es cabalmente inteligible mediante la imaginación espacial. Esto se debe a los conceptos que Laclau desarrolló, particularmente en *La razón populista*, al tipo de operaciones retóricas con las que construyó ese edificio teórico y a las implicancias teóricas que la propia teoría guarda a la hora de pensar el espacio. La obra de Laclau refuerza lo señalado por Elden (2007) acerca de que es posible rastrear la presencia del espacio en la política ya que esta es un fenómeno inherentemente espacial. En este sentido, la lógica populista está permeada de procesos de espacialización: desde la emergencia de las demandas hasta el surgimiento del pueblo como sujeto de la política. Lo que hemos intentado desarrollar ha sido cómo el espacio se encuentra presente allí, dentro del proceso por el que el populismo irrumpió en una formación social establecida, a pesar de que existan lecturas que «temporalizan» esos mismos procesos. Hemos señalado que la ausencia del espacio en la teoría del populismo es relativa o, mejor dicho, errónea si incorporamos la pregunta por el espacio dentro de los conceptos centrales que dan fuerza a la teoría del populismo: la *demandas* y el *pueblo*. Por último, si la política, como señala Laclau a lo largo de su obra, no es más que la construcción de fronteras de inclusión y exclusión y de lucha entre antagonismos, eso también comprende al espacio. Como señaló Shapiro (1989), los procesos políticos son también luchas sobre las formas de entender los espacios –desde los espacios de ocio hasta el trabajo, desde los espacios públicos hasta los privados–, algo que entendemos que coincide cabalmente con la propuesta laclauiana y que es útil para explorar sus potencialidades. En esta dirección, hemos intentado reflexionar sobre la obra de Ernesto Laclau en su conjunto. Si nos hemos concentrado en *La razón populista*, esto se debe a que esta obra incorpora elementos –algunos en continuidad, otros en evidente ruptura con los textos anteriores– que nos permiten abordar el espacio dentro del posmarxismo en relación a un sujeto político y una lógica de emergencia de ese sujeto. Aún más, ni uno ni otra son del todo inteligible si no incorporamos el espacio como concepto y categoría de lo político. Así, la propuesta posmarxista de Laclau y en particular su teoría formalista del populismo emergen como lugares adecuados para pensar en el espacio como práctica y como concepto a la vez, dos dimensiones que no suelen estar unidas como objeto de reflexión del pensamiento sobre el espacio. La lógica formal del populismo nos advierte que el espacio en los discursos políticos deviene en prácticas de espacialización, pero también que no podemos pensar en esas configuraciones particulares del espacio mediante la práctica política sin remitirnos al lugar que este ocupa como concepto mismo de lo político. Es decir que el espacio es constitutivo de procesos colectivos de subjetivación. Así, la teoría de Laclau nos permite pensar el espacio como resultado de una práctica de sedimentación y, al mismo tiempo, como un elemento de disrupción, ya que todo discurso introduce, desde esta perspectiva, una disrupción espacial en el campo de lo político.

En segundo lugar, entendemos que el diálogo con la geografía política y su reflexión sobre el espacio nos permite trasladar la teoría política de Laclau hacia un campo más allá de aquel donde esta fue originalmente pensada para responder nuevas preguntas. Al incorporar la pregunta por el espacio, podemos servirnos de la teoría política populista para pensar fenómenos que no atañen solo a una comunidad política determinada sino también a las formas en la que estas interaccionan entre sí a través de relaciones espaciales múltiples. Abordando el espacio como concepto político desde la teoría posmarxista del populismo podemos indagar, por ejemplo, cómo los espacios son imaginados en el orden político global. Nuestra reflexión sobre espacio y política podría dialogar con el campo de las Relaciones Internacionales para estudiar las «imá-

genes del mundo» como divisiones del espacio originadas en procesos diversos de articulación hegemónica. Sin forzar a la teoría populista a decir algo que esta no dice, sí creemos que es posible tensionar algunos de sus conceptos para pensar fenómenos políticos que se ubican espacialmente en una escala más amplia que la de las comunidades nacionales de representación para la que la teoría populista fue originalmente concebida.

En tercer lugar, también creemos que la obra de Laclau puede contribuir a la reflexión sobre el espacio en términos políticos. Su teoría populista nos recuerda la inmanencia del cambio, la variabilidad histórica de la hegemonía y el carácter contingente de todo régimen de poder. Esto nos acerca a la concepción sobre el espacio de Edward Soja (1980), que ha señalado que las formas de entender el espacio responden a los cambios de la acción humana y las transformaciones en las formas de organización de la sociedad, en una dialéctica socioespacial. Laclau nos propone una lógica particular, la populista, para analizar los procesos de articulación, sedimentación y traslocación de esos mismos procesos sociales que Soja describe. Si ponemos el foco en el espacio como concepto político, entendemos que la teoría política laclauiana nos ayuda a pensar en él desde una perspectiva situacional, en relación con la historia y centrada en los procesos políticos y en las relaciones del poder que subyacen a toda forma de concebir al espacio en el mundo contemporáneo.

Por último, quisiéramos notar que hay un punto de encuentro entre el pensamiento espacial de la geografía política y la teoría del populista de Laclau que guarda un beneficio mutuo: al pensar el espacio desde su contingencia y variabilidad hegemónica, podemos recuperar la capacidad política de imaginar espacios alternativos que dinamicen formas emancipadoras de pensar lo político. Esto adquiere especial relevancia si, como reconstruimos en uno de los apartados anteriores, entendemos la debilidad actual de las izquierdas y el pensamiento crítico, radical o revolucionario en general como una crisis de la imaginación política. Ante la nueva etapa de ofensiva global del ultraderechismo, el problema se agudiza. En vez de ceder, parafraseando a Mark Fisher (2018), en el *realismo capitalista* donde parece no quedar espacio para la imaginación de horizontes sociales alternativos, el pensamiento de Laclau puede aportar herramientas teóricas para construir nuevos horizontes críticos contra el capitalismo imperante al recordarnos que no existe ni orden ni forma de lo social que no precise ser pensada desde su propia contingencia, a pesar de la fortaleza que estas puedan mostrar circunstancialmente. Nuevas formas de pensar lo político implican nuevos espacios y mediante la imaginación de nuevos espacios es que emergen nuevas formas radicales de concebir lo político.

## Referencias bibliográficas

Aboy Carlés, G., y Melo, J. (2014). La democracia radical y su tesoro perdido: Un itinerario intelectual de Ernesto Laclau. *POSTData*, 19(2), 395-427.

Agnew, J. (1997). *Political geography: A reader*. Londres: Arnold.

Agnew, J., y Shin, M. (2019). *Mapping populism: Taking politics to the people*. Lanham: Rowman & Littlefield.

Albert, A., y Benach, N. (2012). *Doreen Massey: Un sentido global del lugar*. Barcelona: Icaria Editorial.

Anderson, B. (2006). *Imagined communities: Reflections on the origin and spread of nationalism* [1ª ed., 1983]. Londres: Verso.

Arditi, B. (2010). Populism is hegemony is politics? On Ernesto Laclau's *On populist reason*. *Constellations*, 17(3), 488-497.

Badiou, A. (2005). *Being and event*. Londres: Continuum.

Barros, S. (2018). Polarización y pluralismo en la teoría de la hegemonía de Ernesto Laclau. *Latinoamérica: Revista de Estudios Latinoamericanos*, 67(2), 15-38.

Biglieri, P., y Cadahia, L. (2021). *Siete ensayos sobre el populismo: Hacia una perspectiva teórica renovada*. Barcelona: Herder.

Bowie, A. (2003). *Aesthetics and subjectivity: From Kant to Nietzsche*. Manchester: Manchester University Press.

Cairo, H. (2013). Espacio y política: Por una teoría política situada. *DADOS – Revista de Ciências Sociais*, 56(4), 769-802.

Castro, I. E. (2021). Geografia política: o que é afinal e para que serve. *Espaço & Geografia*, 24(2), 1-26.

Dikeç, M. (2012). Space as a mode of political thinking. *Geoforum*, 43, 669-676.

Elden, S. (2007). There is a politics of space because space is political: Henri Lefebvre and the production of space. *Radical Philosophy Review*, 10(2), 101-116.

Farinelli, F. (2000). Friedrich Ratzel and the nature of (political) geography. *Political Geography*, 19(8), 943-955.

Featherstone, D. (2008). *Resistance, space and political identities: The making of counter-global networks*. Oxford: Wiley-Blackwell.

Fisher, M. (2018). *Realismo capitalista: ¿No hay alternativa?*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Caja Negra.

Gottdiener, M. (1993). A Marx for our time: Henri Lefebvre and the production of space. *Sociological Theory*, 11(1), 129-134.

Gregory, D. (1995). Lefebvre, Lacan and the production of space. En G. Benko y U. Strohmayer (Eds.), *Geography, history and social science* (pp. 15-44). Dordrecht: Kluwer Academic Publishers.

Kingsbury, P. (2007). The extimacy of space. *Social & Cultural Geography*, 8(2), 235-258.

Kohn, M. (2003). *Radical space: Building the house of the people*. Ithaca: Cornell University Press.

Laclau, E. (1977). *Política e ideología en la teoría marxista: Capitalismo, fascismo, populismo*. Madrid: Siglo XXI Editores.

Laclau, E. (1990). *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Laclau, E. (2000). Identity and hegemony: The role of universality in the constitution of political logics. En J. Butler, E. Laclau & S. Žižek (Eds.), *Contingency, hegemony, universality: Contemporary dialogues on the left* (pp. 44-90). Londres: Verso.

Laclau, E. (2005). *La razón populista*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Laclau, E. (2008). *Debates y combates*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Laclau, E. (2014). *Los fundamentos retóricos de la sociedad*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Laclau, E., y Mouffe, C. (2015). *Hegemonía y estrategia socialista* [1ª. ed. 1985]. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Laclau, E., y Zac, L. (1994). Minding the gap: The subject of politics. En E. Laclau (Ed.), *The making of political identities* (pp. 11-40). Londres: Verso.

Lapavitsas, C. (2018). *The left case against the euro*. Londres: Wiley.

Lefebvre, H. (1991). *The production of space* [original en francés publicado en 1974]. Oxford: Blackwell.

Lefebvre, H. (2014). *Critique of everyday life* [original en francés publicado en 1991]. Londres: Verso.

Manhães Cabral, T., y Linovaldo, L. (2018). Ernesto Laclau e a geografia política: Uma leitura espacial da democracia. *Anais do III Congresso Brasileiro de Geografia Política, Geopolítica e Gestão do Território* (pp. 194-209). Niterói-RJ: Universidade Federal Fluminense.

Martínez Lorea, I. (2013). Henri Lefebvre y los espacios de lo posible. En H. Lefebvre, *La producción del espacio* (pp. 9-31). Madrid: Capitán Swing.

Massey, D. (1992). Politics of space/time. *New Left Review*, (1), 65-84.

Massey, D. (1994). *Space, place and gender*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

Massey, D. (2005). *For space*. Londres: SAGE.

Nievas, F. (2021). Hacia una nueva geopolítica: La cuarta revolución espacial. *Cuadernos de Marte*, 12(20), 295-429.

Pohl, L., y Swyngedouw, E. (2021). The world and the real: Space and the political after Lacan. En F. Landau, L. Roskamm y N. Pohl (Eds.), *[Un]Grounding: Post-foundational geographies* (pp. 43-62). Bielefeld: Transcript.

Retamozo, M. (2006). Ernesto Laclau, *La razón populista*, FCE, 2005. *Perfiles Latinoamericanos*, 27, 253-258.

Retamozo, M. (2017). La teoría del populismo de Ernesto Laclau: Una introducción. *Estudios Políticos*, 41, 157-184.

Shapiro M. J. (1989), Textualizing Global Politics. En J. Der Derian y M. J. Shapiro (Eds.), *International/Intertextual Relations: Postmodern Readings of World Politics* (pp. 11-22). Nueva York: Lexington Books.

Soja, E. (1980). The socio-spatial dialectic. *Annals of the Association of American Geographers*, 70(2), 207-225.

Stavrakakis, Y. (2011). The radical act: Toward a spatial critique. *Planning Theory*, 10(4), 301-324.

Varoufakis, Y. (2018). *Adults in the room: My battle with the European and American deep establishment*. Londres: Macmillan.

Voela, A. (2020). On not being able to build: Thinking space, boundaries and the other with Lacan's discourse of the capitalist. *Architecture and Culture*, 8(3-4), 420-432.

Widder, N. (2010). What's lacking in the lack: 'A comment on the virtual'. *Angelaki: Journal of Theoretical Humanities*, 5(3), 117-138.